

ERROR DE CÁLCULO

ERROR DE CÁLCULO

GASTÓN INTELISANO



VESTALES

© Editorial Vestales, 2014

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Intelisano, Gastón
Error de cálculo, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2014.
256 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-67-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

ISBN 978-987-1405-67-1

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A Nuria Abelló y Ariel Paradiso,
entrañables amigos que conspiraron
para que lograra un sueño
largamente anhelado.*

*El lugar donde nacen los niños y mueren los hombres,
donde la libertad y el amor florecen,
no es una oficina ni un comercio ni una fábrica.
Ahí veo yo la importancia de la familia.*

Gilbert Keith Chesterton

Cada instante de la vida es un paso hacia la muerte.

Pierre Corneille

El que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla.

Manuel Vicent

CAPÍTULO I

LA PRIMAVERA HABÍA ESTALLADO EN COLORES Y AROMAS, en días largos y cálidos, en estados de ánimo más alegres y soñadores. Sin embargo, yo me encontraba a millones de años luz de allí. La muerte de mi padre, un año atrás, había sumido mi vida en un oscuro laberinto que recorría con una pena pesada como una roca sobre el pecho. Había tantas cosas de las que no habíamos hablado, tantos lugares para visitar que habían quedado pendientes, que sentía como si una parte de mi historia se hubiese borrado para siempre.

Llevaba una semana de licencia. Mi jefe me había pedido que me tomara unos días después de ver que mi desempeño no era el habitual. Estaba distraído, apenado, y cualquier caso en el que la víctima fuera un hombre mayor me afectaba demasiado. Mis habilidades y conocimientos se veían opacados por el dolor y la pérdida.

“Necesito volver a trabajar”, pensé.

Al otro lado de mi ventana, un vecino limpiaba la piscina y me hacía sentir que la distancia entre su mundo y el mío era abismal.

“Necesito de las personas que siempre me ayudan en los malos momentos”, me había dicho a mí mismo más temprano. No recurrí a mi familia porque ellos atravesaban el mismo momento que yo. “Alguien ajeno a ese duelo, que pueda darme un apoyo renovado; eso me vendría bien.” Por eso, invité al inspector Battaglia y a la doctora De Marco a cenar. Ellos aceptaron gustosos, ya que, en el tiempo posterior a la muerte de mi padre, no había dejado que nadie se me acercara: ni siquiera ellos, mis amigos más cercanos, a quienes les habría confiado mi vida. Preparar la cena me distraería y la compañía me reconfortaría. Decidí que cenaríamos pastas, unos deliciosos *spaghetti* a la boloñesa.

Cuando faltaban veinte minutos para las ocho de la noche, el inspector llegó en su auto, que estacionó en la puerta de casa. Mientras preparaba la salsa, lo vi a través de la ventana de la cocina bajar del vehículo; pude apreciar que traía una botella de vino tinto.

Después de que abrí la puerta, Andrés Battaglia entró con su imponente y prolija presencia; se quitó el saco gris y lo estiró sobre el respaldo de una de las sillas del comedor.

—Algo huele muy bien —dijo mientras me seguía a la cocina.

—Estoy preparando una salsa con la que vamos a acompañar los *spaghetti*.

El agua hervía en una olla alta: las burbujas estallaban y volvían a generarse una y otra vez. Revolví la cebolla y la carne, que humeaban en otro recipiente distinto al del agua en hervor, con una cuchara de madera. Salpimenté.

—En cuanto la cebolla se transparente y la carne esté dorada, la desglasé con vino y le agregué la salsa de tomate —

anuncié como si fuera el cocinero de un programa de televisión.

—¿Qué te parece si abrimos la botella que traje? —propuso Battaglia.

El inspector, compañero de casi toda mi vida laboral en el Departamento de Policía de Mar del Plata, conocía dónde estaba cada cosa en mi casa, por lo que, sin consultarme nada, se acercó hasta el primer cajón del mueble bajo la mesada y tomó el sacacorchos. Con una fuerza y determinación envidiables, destapó la botella, abrió una de las puertas de la alacena y tomó dos copones de cristal que él mismo me había regalado unos años atrás cuando le dije que no me gustaba la cerveza, pero sí el vino tinto. Vertió la oscura bebida en ambas copas y me alcanzó una.

—Sé que esta fecha es difícil. Por eso me gusta que nos hayas invitado a pasarla con vos —dijo quien, en ese momento, no era más que un hombre que comprendía lo que había sido para mí la pérdida de mi padre. Él mismo había tenido su cuota de dolor cuando su mujer, Rita, había fallecido años atrás después de luchar contra un cáncer de mama.

—Gracias, Andrés —le respondí. Solo lo llamaba por su nombre de pila en momentos como ese.

—Andrea debe de estar por llegar. Le propuse pasar a buscarla, pero me dijo que necesitaba más tiempo y que se tomaba un taxi. Viste cómo son las mujeres.

—Después de lo que le pasó en Buenos Aires, si fuera ella, no me separaría de usted —le dije a Battaglia. No lo tuteaba, a pesar de tantos años de amistad. Le recordé el incidente de cuando, en medio de la cacería de un asesino serial que aún se encontraba prófugo, la doctora De Marco casi había perdido la vida.

—Es una mujer que está acostumbrada al peligro. A propósito de Andrea, quiero comentarte algo antes de que llegue —me dijo en un tono cómplice.

—Dispare.

—Estamos empezando algo, conociéndonos.

La pena que llevaba desde hace días pareció esfumarse, y mi abrazo inesperado sobresaltó a mi compañero, que, por unos segundos, no entendió mi respuesta a su comentario.

—¡Qué buena noticia! Me pone muy contento. Hace años que ansiaba que algo pasara entre ustedes. Son tan buena gente y se merecen lo mejor.

—Ya tenemos otro motivo para festejar, ¿no? —dijo, y yo acordé.

Nuestras copas chocaron; brindamos por el futuro.

* * *

Andrea de Marco, la médica forense que trabajaba conmigo desde hacía casi una década, llegó media hora más tarde. El timbre sonó mientras nosotros charlábamos y la salsa borbotaba en la olla de teflón. Andrea no tomaba alcohol, por lo que había llevado un agua saborizada de pomelo rosado. Estaba radiante con una camisa blanca, *jeans* y sandalias de taco chino. Percibí un aura positiva en torno a ella y supuse que mi compañero tendría mucho que ver con eso.

Casi una década trabajando juntos, y yo seguía sin poder tutearlos. Eran mayores que yo y siempre habían sido mis ejemplos a seguir, mis mentores. Tal vez por eso no podía tutearlos; porque habría significado ponerlos a mi altura y no en el pedestal que se habían ganado a través del tiempo.

Cuando entramos a la cocina, Battaglia y ella se saludaron afectuosamente, pero, de no ser porque ya conocía el secreto, no me habría dado cuenta de que estaban involucrados sentimentalmente. Andrea tomó su lugar en otra de las banquetas junto al desayunador y dejó el bolso sobre la mesada.

—¿Me servirías un vaso de algo fresco? La carrerita hasta acá me hizo entrar en calor —pidió con delicadeza.

—Claro, ¿tónica está bien? Así dejamos que su agua saborizada se enfríe.

—Perfecto —respondió.

Ellos no lo notaron, pero, cuando giré para abrir la heladera, vi cómo se miraban. Había una mezcla de ternura y pasión contenida en esas miradas. Dejé el vaso lleno de gaseosa junto a ella y me acerqué hasta la olla con el agua para los fideos. Después de que eché la sal, hirvió nuevamente para invitar a la pasta a entrar. Tomé tres manojos de esos fideos secos y largos y los coloqué en forma de abanico dentro de la olla. El calor del agua comenzó a surtir efecto, lo que hizo que los *spaghetti* comenzaran a aflojarse y a cocinarse. La salsa ya estaba lista. Como no quería que se seicara, apagué la hornalla.

—Bueno, bueno. ¡Todos a la mesa! —anuncié.

Ellos llevaron las copas, el pan, el queso y los individuales; yo, los cubiertos, dos repasadores y los platos. Volví a la cocina mientras mis invitados se ubicaban en sus respectivos lugares a la mesa. Volqué los fideos en el colador y, luego, dentro de una fuente con un poco de tomate en el fondo. Agregué más salsa y un poco de queso rallado que, con el calor de la preparación, se derritió. Me dirigí, entonces, al comedor con la fuente que humeaba y despedía un delicioso aroma.

Los rostros de mis amigos me revelaron que tenían hambre.

—*Bon appétit* —les deseé antes de comenzar.

Por unos minutos nadie habló. El único sonido que se escuchó fue el ruido metálico de los cubiertos.

Cuando promediábamos el postre, el teléfono celular de Battaglia comenzó a sonar. Estaba sobre la mesa. Vibró con un brillo blancuzco, como si se tratara de un insecto gigante. Mi compañero atendió y se levantó de la mesa. Lo seguí con la mirada. Sospeché que no era bueno el motivo de ese llamado. Cuando volvió a la mesa, la cara le había cambiado.

—Tenemos trabajo —anunció.

—¿Qué pasó? —quiso saber la doctora De Marco.

—Me acaban de avisar que encontraron a una familia entera asesinada en su casa.

—¿Dónde? —fue mi pregunta.

—Cerca de Güemes y Alberti, no muy lejos de la vieja terminal.

—Voy con ustedes —les anuncié.

De Marco comenzó a levantar las copas de la mesa, pero la detuve.

—No te hagas problema, mañana Beatriz se ocupa de todo —le dije refiriéndome a la señora que limpiaba mi casa desde que me había mudado a Mar del Plata.

Me puse una campera de *jean* y salimos a la noche que marcaría mi regreso laboral.

El auto de Battaglia despertó de su sueño cuando lo puso en marcha. Las ruedas chirriaron en esa calle oscura y silenciosa de mi barrio. Me costó abrocharme el cinturón de seguridad en la penumbra, pero lo logré tras varios intentos. Fueron minutos de silencio hasta que llegamos a una cuadra

sobre Güemes repleta de patrulleros que iluminaban la calle con sus luces destellantes y teñían las casas de un brillo celeste.

Cuando bajamos, noté que varios de los vecinos intentaban recabar algo de información. Los que se enteraban de lo que había pasado cuchicheaban y lanzaban exclamaciones o se tapaban la boca por el asombro. La cuadra había sido cortada a la mitad por la cinta policial amarilla. En un costado más alejado vi a un par de periodistas y a un camarógrafo que trataba de obtener alguna imagen del frente de la vivienda. Cuando el policía que estaba de guardia en la puerta de entrada nos vio, nos indicó con un gesto que ingresáramos y levantó la cinta para permitirnos entrar.

—Ya está la gente de Escena del Crimen.

Aquel era un equipo creado recientemente, que yo comandaba. Después de casi ocho años como jefe de la división Rastros, me trasladaron a esa nueva unidad que se ocupaba puntualmente del lugar del hecho y que contaba con cinco especialistas en la materia.

Saludé al oficial que estaba de pie en la entrada con una inclinación de cabeza, porque me pareció que me lo había cruzado en algún otro caso, aunque no me acordaba de su nombre. Me detuve por un momento y le pregunté:

—¿Tocaron algo?

—No, señor —dijo con un exceso de seriedad.

Los policías se han hecho famosos por las fallas que cometen en la escena del crimen, lo que arruina posibles evidencias. Lo primero que hacen es levantar el revólver o la pistola del piso. Parece ser algo que forma parte de su personalidad. Lo más adecuado sería decirles a todos cuando se acercan:

“Muchachos, el mejor lugar para que pongan las manos en este momento está en sus bolsillos”.

Battaglia sacó una caja de guantes de látex descartables del baúl del auto. Nos entregó un par para cada uno de nosotros.

Accedimos a una vivienda con un amplio jardín al frente, bien cuidado y con plantas coloridas que custodiaban el camino de las lomas que llevaba hasta la puerta de entrada. La casa tenía unos cincuenta años de antigüedad, pero estaba bien mantenida. Las tejas del techo parecían nuevas. Una puerta de madera blanca permitía el ingreso a un pequeño living de paredes también blancas y pisos de cerámica. Dos sillones de color rojo oscuro se encontraban enfrentados. En la pared más alejada, una chimenea daba cobijo a una serie de adornos de cerámica. Cuando me acerqué más al estante que estaba sobre la chimenea, me di cuenta de que los adornos eran casi en su totalidad *matrioskas* de distintos colores y formas. Sobre una mesita junto a la ventana se apilaban varios libros forrados en papel que alguno de los propietarios de la casa habría estado leyendo antes del inesperado final. Una puerta en el extremo sur de la sala la conectaba con el comedor, y a la derecha, al final de un pasillo, se encontraban el baño y los dormitorios.

Me paré en ese pasillo que unía los cuatro ambientes y vi algunos regueros de sangre en las cerámicas claras y que se perdían en la alfombra de las habitaciones.

Me encontré con el equipo casi completo que trabajaba en la División. Cada uno de ellos hacía su trabajo. Jorge Parisi, mi colega de años en la división Rastros, espolvoreaba los marcos de la puerta que comunicaba el living con los dormitorios en busca de huellas.

En el baño, Juliana McDougall, una pelirroja de sangre escocesa, revisaba los pisos y las paredes con ojos sagaces y atentos. Estaba segura de que había evidencia para pensar que el asesino se había lavado las manos. El lavatorio, el espejo y el piso tenían rastros de sangre lavada, además de salpicaduras. Juli, como la llamábamos todos, era la última adquisición de Escena del Crimen: una criminalista especializada en búsqueda de rastros que había rescatado de una oficina en la que hacía trabajo administrativo en el que desperdiciaba su conocimiento y experiencia.

Noté que la toalla no estaba en el soporte; supuse que el asesino se la había llevado. En el piso vi lo que parecía ser parte de una huella de calzado, por lo que salí del baño y llamé al fotógrafo. Antes de que ese rastro se perdiera, Pablo, un fotógrafo profesional, que en sus días libres trabajaba en cumpleaños de quince y casamientos, lo perpetuó en una imagen digital que se guardó en la memoria de la cámara.

Salí del baño. Dejé trabajando a Juliana.

Me dirigí a uno de los dormitorios, el principal, donde la doctora De Marco examinaba los cuerpos del matrimonio asesinado.

El hombre estaba acostado boca abajo, destapado y con una remera blanca teñida por el rojo de la sangre. La doctora se la levantó con las manos enguantadas y pude ver en la espalda cuatro puñaladas como ojales de bordes bien nítidos. Habría sido incorrecto arriesgar datos sobre un arma blanca, porque la piel es elástica, lo que podría haber dado un falso dato sobre la hoja que había producido la herida. Supuse que, si las puñaladas no habían tocado órganos importantes, la hemorragia habría sido suficiente como para matarlo.

Me acerqué al otro lado de la cama. La mujer descansaba en el piso con los brazos estirados hacia adelante. El teléfono inalámbrico reposaba sobre la mesita de luz, fuera de su soporte, también manchado de sangre. Traté de reconstruir los hechos y las manchas. La posición de los cuerpos me hablaba de un ataque furtivo e inesperado, en el que el marido no había tenido tiempo de defenderse, pero sí la mujer, que había atinado a tomar el teléfono, aunque no lo había logrado. La escena del crimen le dice a uno qué sucedió; la escena del crimen no miente, la gente, sí.

Mientras caminaba para acercarme a De Marco, hubo un crujido bajo mis zapatos. Observé con cuidado el piso del dormitorio con la linterna que tenía en uno de los bolsillos del pantalón. Enfoqué el haz hacia el suelo, algo me devolvió un débil fulgor. Se trataba de una sustancia vidriosa de color oscuro. Iluminé con la linterna más allá de la cama. El residuo se volvió a hacer visible. Saqué una pequeña bolsa de plástico transparente y coloqué dentro un poco de esa sustancia granulada, dura y brillante. La miré de nuevo a la luz de la linterna, no supe de qué se trataba.

Cuando la doctora De Marco giró el cuerpo de la mujer, pudimos ver que descansaba sobre un gran charco de su propia sangre. Limpió los brazos de la víctima con un trapo y quedaron en evidencia heridas de defensa: tenía cortes que le habían lastimado las manos y los antebrazos. Mostraba varias puñaladas en el tórax, especialmente en el pecho. Una tira del corpiño había sido cortada, la taza derecha, además, estaba perforada.

Había un desorden considerable. Me hice a la idea de que se había desarrollado durante la persecución de la mujer.

La escena del crimen, en sí misma, dice muchas cosas acerca de quién puede ser el asesino; muestra qué clase de persona es el criminal. Nos indica si es lo que los especialistas denominan “una personalidad organizada”, es decir, el asesino astuto, vivo, que planea el crimen perfecto. Uno como John Wayne Gacy, Edmund Kemper, Theodore *Ted* Bundy. Si resulta uno de ellos, se trata de un sujeto muy listo; uno que planifica muy bien las cosas y deja pocas claves. Se encarga de todo. Es difícil de pescar. Dificilísimo. O bien, el asesino puede ser alguien que pertenece a la segunda categoría: la “personalidad desorganizada”, es decir, la persona inadecuada, solitaria, que siente que todo le sale mal, por la razón que sea. Carece de planificación y malicia. Comete un crimen en un momento de ira, frenético, por lo que deja en la escena una gran cantidad de pistas, verdaderas huellas. Tipos así asesinan a conocidos y, si matan a un extraño, es porque piensan que tienen algo que puede incriminarlos. Sujetos así también pueden ser asesinos en masa.

Mientras De Marco seguía examinando los cuerpos, y Battaglia entrevistaba al primer policía que había llegado al lugar junto con la empleada doméstica que había encontrado los cuerpos, me dirigí a uno de los dormitorios de los hijos. Uno tenía la puerta abierta; el otro, no. Tomé el picaporte. Empujé para abrir la que estaba cerrada, pero opuso resistencia. Estaba con llave. Percibí un hedor que no era a putrefacción, sino, más bien, a algo quemado, como cuando llegan a la morgue cuerpos carbonizados en un incendio. Miré el piso a mi alrededor. Detrás de un jarrón con flores secas, encontré tirada una llave. Probé en la cerradura y sus formas coincidieron. La giré. Al abrir, el olor a quemado me sofocó las fosas nasales.

Tuve que hacerme a un lado para que no avasallara mis otros sentidos.

La habitación se encontraba revestida en hollín. Parte de los muebles estaban negros y chamuscados. Vi a los pies de la cama una gran mancha de lo que parecía el combustible que se había utilizado para quemar el cuerpo del que, adiviné, sería el hijo del matrimonio. Era imposible hacer una determinación del sexo y cualquier otra característica del cuerpo que yacía sobre la cama, pero había posters pegados a la pared con motivos futbolísticos, fotos encuadradas de un joven policía con ropa de gala y trofeos en un estante. Estaba casi seguro de que pertenecían al irreconocible ser humano que miraba en ese momento. Llamé a Battaglia y a De Marco. Pasados unos instantes, ellos también fueron espectadores de ese escenario.

Nos faltaba todavía entrar en el cuarto de la hija menor, de catorce años, según la información que había obtenido Battaglia de la empleada doméstica. También había corroborado lo que ya suponía: la habitación quemada correspondía al hijo mayor de la familia. Fue un contraste fuerte entrar en ese cuarto de paredes floreadas y muebles blancos y delicados. Algo en mí se conmovió. La joven se preparaba para su cumpleaños de quince. Un vestido blanco que nunca usaría, colgado de una percha al lado de la cama, mostraba manchas de sangre: le habían disparado. Tenía un orificio de entrada en la sien izquierda y, por los rastros que se apreciaban, el arma había sido apoyada sobre la piel al momento de efectuar el disparo. La almohada estaba manchada con sangre. Por la postura del cuerpo, envuelto en un pijama de color rosa, debía de haber estado durmiendo cuando la asesinaron. Era válido conjeturar, entonces, que nunca se había enterado de su final. Eso me reconfortó un poco, pero no lo suficiente.

Busqué con detenimiento entre las sábanas y sobre la alfombra con la esperanza de encontrar alguna vaina que hubiese sido expelida durante el disparo, pero no la hallé. Cabía la posibilidad de que hubieran utilizado un revólver. En ese caso, no encontraríamos vaina alguna, porque luego del disparo quedan depositadas en el tambor.

Pensé en quién habría querido asesinar a esa familia. En por qué se habría o habrían ensañado de esa forma con el hijo mayor.

Después de que la doctora De Marco terminó de revisar los cuerpos y tomar nota de las heridas, los muchachos del servicio forense entraron en la escena con sus overoles azules. Colocaron los cuerpos en bolsas de plástico negras con cierre y los cargaron en el móvil de transporte forense, también conocido como “la morguera”. Los cuerpos serían remitidos a la morgue judicial de la ciudad. Las autopsias serían realizadas al día siguiente por la doctora De Marco o por el médico que estuviera de guardia. Yo estaba casi seguro de que De Marco querría hacer las autopsias, aun si no estaban bajo su guardia.

Cuando terminamos con las constataciones en el lugar, Battaglia se ofreció para llevarnos. Me dejaron a mí en primer lugar. Me acosté después de juntar los platos y ponerlos en la pileta de la cocina. Supe que esa noche no podría dormir.